

Los inicios de la comunicación: la intencionalidad comunicativa y el significado como procesos graduales

Magda Rivero
Universitat de Barcelona

En este trabajo presentamos una propuesta teórico-conceptual acerca de la intencionalidad comunicativa y del significado, cuyo objetivo es fundamentar una definición operacional de «acto comunicativo» y, en última instancia, orientar el estudio empírico de la comunicación bebé-adulto. En primer lugar, presentamos los planteamientos teórico-conceptuales que sustentan nuestra visión de la intencionalidad comunicativa y del significado como procesos graduales y observables en el marco de la interacción bebé-adulto. De esta propuesta derivamos una definición operacional de «acto comunicativo» que remite a un conjunto de indicadores observacionales de la intencionalidad comunicativa y del significado. Finalmente, a través de ejemplos seleccionados de la observación logitudinal de tres parejas madre-hijola durante el primer año y medio de vida del niño, mostramos la posibilidad de atribuir distintos niveles de intencionalidad y significado a los actos comunicativos de los bebés.

Palabras clave: intencionalidad comunicativa, significado, desarrollo de la comunicación, desarrollo pragmático, desarrollo en la primera infancia.

We present a theoretical-conceptual proposal for communicative intentionality and meaning. We aim to offer an operational definition of «communicative act» and, in the last analysis, to guide empirical studies of baby-adult communication. Firstly, we present the theoretical-conceptual ideas basing our vision of communicative intentionality and meaning as gradual and observable processes, in a baby-adult interaction frame. From this proposal, we derive an operational definition of «communicative act», which refers to a set of observational indicators of communicative intentionality and meaning. Finally, through examples selected from an observational/longitudinal study of three mother-child couples, from birth to the age of eighteen months, we illustrate different levels of intentionality and meaning in babies' communicative acts.

Key words: Communicative intentionality, meaning, communication development, pragmatic development, early infancy development.

Desde la semiótica, podemos identificar dos formas fundamentales de abordar las relaciones entre comunicación y significación. Una de ellas consiste en plantear las relaciones en términos de *diferenciación* entre lo que se considera auténtica comunicación y la transmisión no intencional de información (significación). La otra forma de plantear la cuestión propone una relación de *subordinación* entre un proceso más específico y uno más general, siendo la opción más frecuente subordinar la comunicación a la significación. En la práctica, estas dos formas de abordar las relaciones entre comunicación y significación no siempre están tan diferenciadas. Por nuestra parte, para el análisis, hemos relacionado cada uno de estos dos planteamientos con una cuestión diferente. Así, el planteamiento diferenciador nos ha permitido aproximarnos al problema del papel de la intencionalidad en la definición de comunicación, mientras que el planteamiento de subordinación nos ha llevado a la cuestión del significado. Seguidamente presentaremos las opciones que irán configurando nuestra propuesta teórico-conceptual para el análisis de los actos comunicativos de los bebés.

Una propuesta teórico-conceptual de la intencionalidad¹ comunicativa y del significado

La intencionalidad comunicativa en los polos de la emisión y de la recepción

Cuando revisamos el papel que se atribuye a la intencionalidad en la delimitación de los fenómenos comunicativos frente a los fenómenos significativos, encontramos dos tendencias fundamentales. En uno de los polos, la «comunicación» se restringe a aquellas transmisiones de información que pueden considerarse intencionales desde el punto de vista del emisor (por ejemplo, Lyons, 1972; Ekman y Friesen, 1981). En el otro extremo, se prima el polo de la recepción, entendiendo que en última instancia lo realmente relevante para la delimitación de los fenómenos comunicativos es el efecto sobre el receptor (por ejemplo, Birdwhistle, 1970; Scheflen, 1973). Algunos autores, como por ejemplo Buysens (1978), aúnan ambos criterios.

En el ámbito de la comunicación prelingüística, también es posible identificar estos dos planteamientos básicos cuando se abordan los orígenes de la intencionalidad comunicativa. Así, por ejemplo, los análisis cognitivistas de orientación piagetiana (Sugarman, 1973; Bates, Camaioni y Volterra, 1975; Camaioni, Volterra y Bates, 1976; Harding y Golinkoff, 1979; Harding, 1982) se centran en el polo de la emisión, tratando de responder a la pregunta de cuándo surge la intencionalidad comunicativa en los actos del bebé. También hallamos aproximaciones a la comunicación prelingüística que ponen el énfasis en el polo de la recepción. Así, por ejemplo, desde el constructivismo social, Kaye (1982) propone que la intencionalidad comunicativa emerge en los procesos de interacción bebé-adulto gracias al hecho de que los actos del bebé son tratados como intencionales por el adulto cuando aún no lo son. Los

1. Algunos autores establecen una distinción entre conducta *intencional* —que responde a una intención— y conducta *con intencionalidad*. El término *intencional* proviene del latín *tendere* (relacionado con el término *atención*), que significa «esfuerzo hacia un objetivo, propósito»; el término *intencionalidad* deriva de *intendere* (relacionado con el término *entender*), un término del latín escolástico que hace referencia a «un objeto de conocimiento o contenido de pensamiento». Husserl, por ejemplo, lo emplea para referirse a «un acto de conciencia que da sentido a los datos sensibles». Está relacionado con la idea de «ser en relación a algo», que en inglés se expresa con el término *aboutness* (Teberosky, 2001). Nosotros, aun estando de acuerdo con el sentido de la distinción, hablaremos indistintamente de *intencional* y *con intencionalidad*, entendiendo que la visión de la intencionalidad como proceso gradual que defendemos ya incorpora, de hecho, esta distinción, como niveles diferentes de intencionalidad.

análisis de Kaye enfatizan el carácter asimétrico de las primeras interacciones bebé-adulto. De hecho Kaye considera que las interacciones auténticamente comunicativas se producen en la segunda mitad del primer año, cuando la díada constituiría un auténtico «sistema» caracterizado por interacciones recíprocas.

Frente a estas opciones más extremas, adoptamos como marco general para ubicar el análisis de la comunicación el planteamiento de Mackay (1972) y Abecassis (1974-1975), reelaborado por Riba (1990), en el que la cuestión de la intencionalidad no queda circunscrita de forma exclusiva ni al polo de la emisión ni al de la recepción. De acuerdo con este planteamiento es posible identificar cuatro casuísticas distintas, recogidas en la Tabla 1.

TABLA 1. DELIMITACIÓN DEL CAMPO DE LA COMUNICACIÓN SEGÚN EL PAPEL DE LA INTENCIÓN EN EL POLO DE LA EMISIÓN Y EN EL DE LA RECEPCIÓN
(TABLA REPRODUCIDA CON LA AUTORIZACIÓN DEL AUTOR; RIBA, 1990, P. 168)

		EMISOR	
		<i>Intencional</i>	<i>No intencional</i>
RECEPTOR	<i>Intencional</i>	1 Comunicación	3 Comunicación
	<i>No intencional</i>	2 Comunicación	4 Significación

Esta opción sienta las bases para un análisis de la interacción comunicativa que atienda tanto al carácter intencional de la emisión como a las interpretaciones del receptor. Debemos ahora avanzar en la conceptualización de la intencionalidad.

La intencionalidad comunicativa como observable y como proceso en el marco del contexto social

Es un hecho que la mayoría de los investigadores que se plantean abordar la intencionalidad recurren a una definición en términos de *direccionalidad a meta*. El concepto de *meta* con frecuencia implica un estado de cosas que no es presente y que, de alguna manera, está en la mente del organismo, quien anticipa y desea este estado de cosas y actúa para hacerlo real. Esta conceptualización de la intencionalidad como conducta dirigida a meta (representada) lleva a buscar los indicadores operacionales de la intención en la coordinación medios-fines (Piaget, 1936) y a tratar la intencionalidad como una cuestión de todo o nada. En un determinado momento del desarrollo sería posible identificar conductas intencionales, mientras que hasta aquel momento las conductas del niño serían consideradas no intencionales.

Cuando esta visión de la intencionalidad se traslada al terreno de la comunicación surge un planteamiento muy centrado en el papel del emisor y en la planificación del mensaje. La intencionalidad del emisor implica una representación previa de la meta, de manera que la intención aparece como una representación individual y mental. La visión de la comunicación implícita detrás de esta conceptualización es la

que algunos autores han denominado *metáfora del telégrafo* (véase, por ejemplo, Nadel y Camaioni, 1993) y a la cual correspondería una definición de la comunicación en términos de *transmisión intencional de información*.

Nadel y Camaioni (1993) identifican una metáfora diferente en algunas aproximaciones actuales a la comunicación humana y la denominan *metáfora de la orquesta*. Se trata de un planteamiento que intenta reflejar mejor la naturaleza social de la comunicación. Siguiendo a Reddy (1999), podemos señalar algunas diferencias importantes entre ambas metáforas. En primer lugar, el análisis no se centra en un agente individual que intenta transmitir información, sino que la comunicación se entiende como un proceso en el cual no existen individuos aislados, sino más de un individuo desempeñando papeles distintos. Por otra parte, al igual que en una orquesta, el resultado final (la música o las características concretas de la comunicación) no se puede separar del proceso que lo crea. Reddy (1999) señala una tercera característica de la comunicación que no se ajustaría tan bien a la metáfora de la orquesta como a la *metáfora del jazz*. Se refiere a que en la comunicación no existe un resultado predeterminado (Fogel, 1993). De acuerdo con los rasgos señalados por la metáfora de la orquesta, o del jazz, la comunicación no es un proceso mental al margen de las acciones de los participantes y es además un proceso emergente, no prefigurado (Vedeler, 1991).

Trasladar estas ideas al ámbito de la comunicación bebé-adulto supondrá desplazar el acento desde el niño o desde el adulto como agentes de una transmisión de información, a la comunicación como proceso social y relacional. Supondrá también entender que el desarrollo comunicativo no es un proceso de cambios cognitivos y/o lingüísticos independientes de las acciones y de las interacciones concretas en las cuales toma forma. Reddy (1999) propone caracterizar la comunicación como un proceso «encarnado» o «personificado» (*embodied*), es decir, de acción (e interacción). Considerar la comunicación como interacción supone transferirla al ámbito de la acción observable. Ello no implica necesariamente, a nuestro entender, dejar de lado las representaciones mentales que entran en juego en el proceso comunicativo, sino ubicarlas en el ámbito de los procesos interpersonales que las generan y las dotan de sentido.

Entendida la comunicación como proceso de interacción y de acción, la intencionalidad no queda limitada de manera exclusiva a la mente del emisor de un mensaje, sino que se perfila como un observable en el marco de la interacción humana contextualizada. La intencionalidad comunicativa deja de ser una cuestión puramente mental e individual para ser concebida como un proceso observable y social.

Coincidimos con Riba (1990) cuando afirma que entender la intencionalidad como un proceso de producción de formas nos sitúa en disposición de acceder a un análisis de las intenciones en el seno de la teoría de la acción humana. La producción de formas se puede suponer en las representaciones del sujeto y reconocer en el comportamiento. Se puede abordar la intencionalidad a partir de las intenciones expresadas a través de la conducta. En ese sentido, Vedeler (1994), partiendo del análisis de la intencionalidad de Merleau-Ponty (1962), la define en términos de *direccionalidad hacia el objeto*. Definir la intencionalidad en términos de conducta dirigida a objeto permite concebirla como una cuestión de grado e intentar determinar diferentes niveles de intencionalidad. En este planteamiento, la intencionalidad como conducta dirigida a meta (representada) se puede identificar como un nivel superior de intencionalidad, precedido de otros niveles previos. Los indicadores operacionales de la intención no se relacionan con la representación previa de meta manifiesta a través de

la coordinación medios-fines, sino con aquellas características del comportamiento que llevan a un observador a concebirlo como intencional. Más adelante veremos cuáles son, de acuerdo con nuestra propuesta, esos indicadores. Por ahora, vamos a ahondar en la conceptualización de la intencionalidad incorporando elementos del análisis de Searle (1981).

Searle (1981) diferencia entre *intenciones previas* e *intenciones en acción*. En el primer caso, la intención es previa a la acción; en el segundo caso, la intención se encuentra en el curso de la acción. A toda acción intencional corresponde una intención en acción, pero no todas las acciones intencionales surgen de intenciones previas. Muchas de las acciones humanas son espontáneas, no responden a una intención previa, sin dejar por ello de ser intencionales.

Siguiendo los planteamientos de Searle (1981), el estado de cosas que hace que un estado intencional tenga una dirección de ajuste recibe el nombre de *condiciones de satisfacción*. Una posible interpretación del esquema propuesto por el autor nos permite entender las condiciones de satisfacción de la intención como una meta, representada a priori y/o presentada en la percepción durante el curso de la acción (Riba, 1990). La intención previa implica un modelo mental de las condiciones de satisfacción antes de dar comienzo a la acción. En la intención en acción, las condiciones de satisfacción están presentes durante la acción intencional.

Podemos retomar ahora la definición de Vedeler (1994) de la intención en términos de *conducta dirigida a objeto* y replantearla en términos de *conducta dirigida a meta*, con la condición de aceptar que la meta puede ser representada (en la mente del sujeto) o presentada (en el contexto de la acción). Por otra parte, podemos postular además diversos niveles de representación de la meta. Ambos planteamientos —que la meta puede ser también una meta presentada y que a ella pueden corresponder distintos niveles de representación—, abren el camino a un tratamiento de la intencionalidad como observable y como proceso.

El análisis de la actividad dirigida a meta de Mackay (1972) nos permite enriquecer nuestro planteamiento de la intencionalidad. Al señalar la instrumentalidad y la indexicalidad o metonimia como dos propiedades de la intencionalidad, el análisis de Mackay nos remite al contexto en el cual tienen lugar las conductas dirigidas a meta. Por la primera de las propiedades, las intenciones pueden ser detectadas objetivamente en una situación estructurada en términos de medios hacia un fin (o conductas hacia un objeto). Por otra parte, y en la medida en que cualquier segmento de conducta guarda con la cadena virtual de comportamiento una relación de parte-todo apuntando hacia la meta o el punto de aplicación de aquella, el mencionado segmento de conducta tiene un valor metonímico o indexical. Y también lo tiene cualquier cadena completa en relación con la totalidad que forma con ese punto de aplicación, es decir, con el contexto en el cual adquiere sentido (Riba, 1990).

Pero, ¿de qué tipo de metas estamos hablando en el caso de la comunicación? Podemos entender la comunicación como un tipo particular de acción social o, en otros términos, como un tipo particular de conducta intencional en la cual comportamiento y meta son de naturaleza social. Los actos en general, y los actos comunicativos en particular, se ejecutan a través de acciones observables, de manera que el análisis de la comunicación se puede configurar atendiendo tanto a su carácter de actividad dirigida a meta como a las consecuencias sociales que se persiguen con la actividad comunicativa. El acto comunicativo podría quedar delimitado como una unidad de acción social que se relaciona con a) la direccionalidad hacia una meta social (presentada o representada) y b) con determinadas consecuencias.

Comunicación y significación: el significado

La cuestión del significado admite dos formulaciones canónicas ligadas a diferentes concepciones o definiciones de la semiótica: la semiología estructuralista de Saussure y la semiótica pragmática de Peirce. La visión del signo que Peirce (1987) nos ofrece resulta mucho menos restrictiva que la propuesta por Saussure. Recordemos que, en la tradición saussureana, el signo debe poseer carácter intencional y artificial.

Peirce define el signo del siguiente modo:

Un signo o representamen es algo que representa algo para alguien en algún aspecto o carácter. Se dirige a alguien, es decir, crea en la mente de esa persona un signo equivalente o, quizás aún, más desarrollado. A este signo creado, yo lo llamo el Interpretante del primer signo. El signo está en lugar de algo, su Objeto. Representa ese Objeto no en todos sus aspectos, pero con referencia a una idea que he llamado a veces el Fundamento del representamen. (Peirce, 1987, pp. 244-245).

La semiosis que deriva de esta concepción del signo es una relación entre tres entidades semióticas. Peirce (1987) establece una relación triádica entre Signo-Objeto-Interpretante. El triángulo semiótico de Peirce permite permutar los tres elementos que lo configuran en un proceso de semiosis ilimitada. Por otra parte, la definición de Peirce, a diferencia de la de Saussure, no impone como condición necesaria del signo ni la artificialidad ni la convencionalidad ni la intencionalidad. Lógicamente, eso amplía considerablemente el campo de los fenómenos observables desde un punto de vista semiótico y hace de la propuesta de Peirce un marco semiótico especialmente adecuado para el estudio de la comunicación prelingüística (véase, por ejemplo, Rodríguez y Moro (1999) para un análisis de la tríada adulto-niño-objeto desde la concepción peirciana del signo).

De acuerdo con el análisis efectuado por Riba (1990), el esquema de Peirce ofrece dos valencias de significado: *a*) el significado como objeto, referente o hecho ambiental y *b*) el significado como interpretante, es decir, como otro signo que proporciona el sentido de la atribución del primer signo a un objeto.

La primera de las dos valencias de significado remite a la cuestión de la referencia, mientras que la segunda, de acuerdo con una de las posibles interpretaciones del *interpretante*, nos llevaría al efecto del signo sobre un receptor (Riba, 1990).

Esta última valencia del significado está también presente en los planteamientos posteriores de los teóricos del significado condicionado al uso (Witgenstein, 1953; Grice, 1957; Strawson, 1970; Fillmore, 1971; Allwood, 1981). Desde esta perspectiva, el significado surge del uso, ya que se deriva en última instancia de los objetivos comunicativos que el emisor del acto intenta que el destinatario reconozca. Así pues, en nuestro planteamiento, la intencionalidad y el significado del acto comunicativo no son aspectos independientes, sino estrechamente vinculados, especialmente en la etapa prelingüística y en las primeras palabras.

Creemos que ahora es el momento de plantear una propuesta de definición operacional del «acto comunicativo», basada en las distintas opciones que hemos ido adoptando en torno a la intencionalidad y al significado (Rivero, 2001).

Definición operacional de «acto comunicativo»

Seguidamente presentamos nuestra propuesta de definición operacional de *acto comunicativo*, fundamentada en el análisis de la intencionalidad comunicativa y

del significado que hemos desarrollado anteriormente. Nuestra voluntad es que sea una definición suficientemente amplia para poder englobar toda la gama de actos comunicativos que se pueden manifestar en las etapas iniciales del desarrollo comunicativo y lingüístico.

Inicialmente presentaremos una definición genérica de acto comunicativo y especificaremos después los diferentes elementos y criterios que la configuran.

Definición de acto comunicativo: el acto comunicativo está configurado por un grupo de conductas no verbales y/o verbales producidas por un emisor con la intención (previa y/o en acción) de influir en el comportamiento y/o en el estado mental del destinatario.

- Un acto comunicativo está configurado por un grupo de conductas no verbales y/o verbales con un cierto nivel de organización (*coherencia conductual*).

- Un acto comunicativo tiene un *destinatario*, que es aquél en quien se intenta producir un cambio comportamental y/o de estado mental.

- Un acto comunicativo está asociado en su curso observable a una *intención en acción*, en el sentido propuesto por Searle (1981). Las condiciones de satisfacción de la intención son la *meta* (presentada o representada) del acto comunicativo. Dada la naturaleza social de la comunicación, la meta del acto comunicativo es una meta social (provocar un cambio comportamental y/o de estado mental del destinatario).

- Un acto comunicativo está asociado a un *referente* observable e identificable en el entorno (*significado referencial del acto*).

- Un acto comunicativo produce un *efecto* sobre el comportamiento del receptor (*significado funcional del acto*).

Una vez desarrollada nuestra propuesta de definición operacional de «acto comunicativo» vamos a presentar, a través de ejemplos, diferentes niveles de intencionalidad comunicativa y significado, de acuerdo con los indicadores observacionales que se derivan de la definición. Dichos indicadores son:

- la *coherencia conductual*

- la *orientación de la conducta hacia el destinatario*

- la *direccionalidad hacia la meta* (presentada o representada)

- el *referente*

- el *efecto sobre el destinatario*

Cada uno de estos indicadores se podrá relacionar con indicadores conductuales más específicos.

De acuerdo con el marco teórico-conceptual que sustenta nuestra definición operacional de acto comunicativo, la coherencia conductual, la orientación de la conducta hacia el destinatario y la direccionalidad hacia la meta serían indicadores más propiamente relacionados con la intencionalidad comunicativa, mientras que el referente y el efecto sobre el destinatario serían elementos configuradores del significado del acto comunicativo. No obstante, como ya hemos señalado anteriormente, entendemos que en las etapas iniciales de la comunicación y en las primeras palabras, significado y uso están íntimamente ligados, de manera que los análisis observacionales de la intencionalidad comunicativa y del significado también estarán intrínsecamente relacionados.

A continuación presentaremos algunos ejemplos de actos comunicativos infantiles extraídos de un estudio observacional/longitudinal de tres parejas madre-hijo, para ilustrar nuestra propuesta acerca de la intencionalidad comunicativa y del significado como procesos graduales.

Niveles de intencionalidad comunicativa y de significado: ejemplos procedentes de un estudio observacional/longitudinal

Breve presentación del estudio

Participantes: los sujetos de nuestro estudio son tres parejas madre-hijo/a que fueron seleccionadas con un procedimiento casi al azar, respetando los criterios de embarazo y parto sin dificultades especiales y normalidad del bebé en el momento del nacimiento. Las parejas fueron observadas a lo largo de los tres primeros años de vida de los niños, si bien, para nuestros objetivos, nos hemos limitado a los datos de los primeros dieciocho meses.

Contexto de observación: los datos fueron recogidos en el contexto familiar, en situaciones cotidianas de comida, baño y juego –sin predeterminedar para cada sesión las actividades a realizar–. En este trabajo hemos limitado el análisis a la situación de comida.

Recogida de datos: las situaciones de observación fueron registradas con cámara de vídeo. Como observadores intentamos interferir lo menos posible en la interacción madre-hijo/a. Por ello los registros fueron realizados por una sola persona y sin la utilización de elementos adicionales como espejos o focos. La periodicidad de los registros fue aproximadamente mensual.

Transcripción de los datos: la transcripción de los datos se realizó en el formato CHAT del sistema CHILDES (*Child Language Data Exchange System*; MacWhinney, 2000).

Análisis de los datos: hemos realizado un análisis cualitativo de los datos con el objetivo de identificar actos comunicativos con distintos niveles de intencionalidad comunicativa y significado, de acuerdo con la definición operacional presentada anteriormente y con los indicadores observacionales vinculados a la misma.

Ejemplificación de distintos niveles de intencionalidad comunicativa y de significado

Los diferentes indicadores observacionales vinculados a nuestra definición de *acto comunicativo* están relacionados en el seno de los actos comunicativos concretos. No obstante, de cara a obtener una mayor sistematicidad en nuestras observaciones e interpretaciones, abordaremos por separado cada uno de los indicadores, relacionándolos entre sí a lo largo de la exposición.

La coherencia conductual

Sarriá y Rivière (1991) también han incorporado la coherencia conductual, denominada por ellos *estructuración interna*, en la definición de *acto comunicativo intencional* que proponen. La coherencia conductual forma también parte de los elementos que determinan el nivel o grado de intencionalidad atribuible al comportamiento en el análisis de Vedeler (1994).

Si tomamos la coherencia conductual como uno de los indicadores observacionales de intencionalidad, observamos en nuestros datos un progreso evolutivo hacia una mayor coherencia conductual de los comportamientos que configuran los actos comunicativos.

En un nivel inicial, los actos comunicativos están integrados por conductas ais-

ladas, como las asociadas a la succión (movimientos de la boca, protusiones linguales, expulsiones de aire, etc.), las miradas hacia el rostro de la madre o el llanto. El siguiente acto comunicativo constituye un ejemplo de este nivel.²

@Situation: la madre interrumpe la toma del biberón para limpiar la boca al niño

*CHI: 0.

%par: lloriquea

*MOT: sssstt.

*MOT: no, que no te lo quito.

*MOT: no te lo quito.

%act: le pone el biberón en la boca

*CHI: 0.

%gpx: mira a la madre a los ojos

%act: continúa tomando el biberón

Ejemplo 1: Raúl (0;3.1)³

Otros actos comunicativos evidencian un cambio en la coherencia conductual. El siguiente ejemplo muestra la coordinación de más de una conducta, orientadas en este caso a la madre. Los movimientos de brazos y piernas se coordinan con la mirada hacia la madre y con la emisión de vocalizaciones.

@Situation: la niña está en el parque mientras la madre prepara la comida; es más tarde de la hora habitual para el almuerzo

*CHI: 0.

%gpx: mira a la madre agitando los brazos y las piernas

%pho: emite sonidos de articulación posterior

*MOT: pobrecita, que tiene mucha gana ella.

*MOT: pobrecita, pobrecita, claro que sí.

*MOT: es que no hay derecho, que son las diez y media de la mañana.

*MOT: que es que a eso no hay derecho, a eso no hay derecho.

*CHI: 0.

%par: gimotea

*MOT: claro que sí.

%act: coge a la niña y la saca del parque

Ejemplo 2: Sara (0;5.13)

En la misma sesión del ejemplo anterior hallamos otro en el que también existe coordinación de diversas conductas, pero en este caso orientadas hacia un objeto.

@Situation: la madre y la niña están en el comedor en una mesa y una silla pequeñas, con la papilla preparada; la niña está sentada encima de la madre; la madre le ata un zapato

*CHI: 0.

%par: llora

%gpx: hace movimientos de agitación corporal

*MOT: espera.

2. Las abreviaturas que empleamos en los fragmentos de transcripción, de acuerdo con el formato CHAT del sistema CHILDES (MacWhinney, 2000), son las siguientes: *CHI = niño; *MOT = madre; %par = conducta paralingüística; %act = actividad; %gpx = gestos; %pho = fonética; %com = comentario; %fac = expresión facial; %int = entonación.

3. La edad del niño está expresada en años, meses y días.

*MOT: ya está.
 *MOT: ya está.
 *MOT: ya está.
 *MOT: ya está.
 *MOT: <para, para, para, para> [/] para.
 %com: la niña continúa llorando y agitada
 *MOT: # ya está.
 %act: <bef> la pone bien sentada
 *MOT: ya está.
 *MOT: ya está mi niña.
 *MOT: ya está.
 %act: le coloca bien el pelo
 *MOT: 0.
 %act: llena la cuchara de papilla
 *CHI: a::m.
 %fac: realiza una protusión lingual
 %gpx: mira la cuchara de papilla
 %par: interrumpe el llanto
 *MOT: 0.
 %act: le da la cucharada de papilla

Ejemplo 3: Sara (0;5.13)

En este tercer ejemplo, la niña llora y realiza movimientos de agitación corporal. Finalmente, cuando se da cuenta de que la madre reanuda la alimentación, interrumpe el llanto mirando hacia el objeto (cucharada de papilla) y realiza una protusión lingual emitiendo además una vocalización.

En las sesiones de observación hallamos diversos actos comunicativos que evidencian niveles todavía más altos de coherencia conductual. Es el caso del ejemplo siguiente, en el que se produce una interrupción de la alimentación por parte de la madre y la niña reclama la continuación de la actividad coordinando distintas conductas orientadas al objeto (yogur).

*CHI: m::::
 %int: entonación cantarina con tono de requerimiento
 %gpx: mira hacia el yogur
 %act: da golpecitos en la trona con los pies
 *MOT: 0.
 %act: le da una cucharada de yogur

Ejemplo 4: Sara (0;8.29)

El ejemplo siguiente constituye una muestra de un nivel similar de coherencia conductual, pero en este caso de comportamientos orientados a la madre. El objetivo de la niña es conseguir que la madre la saque de la trona.

@Situation: la niña está sentada en la trona y lloriquea; ya ha acabado de comer
 *CHI: mam:::
 %gpx: mira a la madre
 %par: gimotea
 %act: intenta ponerse de pie en la trona
 *MOT: què vols? (¿qué quieres?)

- *MOT: sortir d'aquí? (¿salir de aquí?)
 *MOT: digues, digues vols sortir d'aquí? (di, di ¿quieres salir de aquí?)
 %gpx: le acerca las manos con las palmas hacia arriba y las cierra haciendo un gesto
 *MOT: ens anem? (¿nos vamos?)
 %gpx: continúa con las palmas de la mano hacia arriba
 *CHI: 0.
 %act: pone sus manos encima de las de la madre y golpea con su mano izquierda la derecha de la madre
 %par: continúa gimoteando
 *MOT: tic.
 *MOT: piopio.
 *MOT: ay, que em pega! (¡ay que me pega!)
 *MOT: 0.
 %gpx: mira las manos de la madre
 %par: grita
 %act: intenta salir de la trona apoyándose en las manos de la madre y haciendo fuerza
 *MOT: Maria', fem el ralet-ralet? (Maria, ¿hacemos el ralet-ralet?)
 *MOT: escolta, Maria. (escucha, Maria)
 *MOT: ya estás?
 *MOT: escoïta, Maria?
 %act: la pone de pie en la trona
 *MOT: ya estás?
 *CHI: mama, mam:..
 %gpx: mira a la madre y estira los brazos y el cuerpo hacia ella
 %par: <aft> gimotea
 *MOT: 0.
 %act: la saca de la trona

Ejemplo 5: Maria (0;9.0)

El ejemplo siguiente nos muestra un nuevo nivel de coherencia conductual. Se trata de un acto comunicativo en el que se coordinan conductas orientadas a la persona y conductas orientadas a un objeto.

@Situation: a la niña se le ha caído un cerdito de juguete al suelo

- *MOT: oh!
 *CHI: <eh> [/] eh eh [>].
 %par: entonación de protesta
 %gpx: mira hacia el cerdito e inclina el cuerpo hacia el suelo tendiendo los brazos hacia el objeto
 %com: la mano izquierda está extendida y en la derecha tiene otro juguete
 *MOT: toma.
 %act: acerca la cucharada de comida al muñeco que la niña tiene en la mano
 *MOT: al señor.
 %act: continúa acercando la comida al muñeco
 *MOT: al señor.
 %act: continúa acercando la comida al muñeco
 *CHI: <eh> [/] eh eh [>].
 %par: gimotea

4. El nombre de «Maria» no se acentúa en catalán.

%gpx:	continúa mirando el objeto, mira a la madre y vuelve a mirar el objeto orientando el cuerpo y el brazo derecho hacia el mismo
*MOT: 0.	
%act:	recoge el cerdito del suelo

Ejemplo 6: Sara (0;11.16)

A través de estos ejemplos, hemos podido ver cómo la coherencia conductual se muestra un indicador útil de la intencionalidad entendida como proceso gradual. En un nivel inicial hemos identificado conductas aisladas dirigidas a la persona o al objeto. Niveles superiores de coherencia conductual muestran aquellos actos comunicativos en los que el niño coordina diversos comportamientos, pero todavía orientados exclusivamente hacia la persona o hacia el objeto. Finalmente, hallamos los actos comunicativos que suponen una coordinación persona-objeto (Trevarthen y Hubley, 1978; Trevarthen, 1979). Éste sería el nivel de intencionalidad comunicativa fácilmente consensuada entre investigadores. Existe bastante acuerdo en considerar los actos de coordinación persona-objeto como actos con intencionalidad comunicativa clara (por ejemplo, Frye, 1991; Carpenter, Nagel y Tomasello, 1998). Con nuestro análisis, hemos intentado mostrar que, antes de ese nivel de coordinación, existen otros actos comunicativos infantiles con diferentes niveles de coherencia conductual que, en el marco de los procesos de interacción social, son a otro nivel también intencionales. No obstante, la coherencia conductual no es, como ya queda recogido en nuestra definición operacional de «acto comunicativo» y como veremos al comentar los otros elementos de la definición, un criterio que permita por sí mismo y de forma aislada atribuir intencionalidad comunicativa a los actos infantiles. Su valor como indicador debe entenderse en relación con otros indicadores.

Comentaremos seguidamente otro de los indicadores observacionales de intencionalidad: la orientación de la conducta hacia el destinatario.

La orientación de la conducta hacia el destinatario

La orientación de la conducta hacia el destinatario se manifiesta a través de comportamientos específicos como la orientación del cuerpo, la extensión del brazo o la mirada.

En un nivel inicial podemos identificar conductas orientadas al adulto, como miradas, movimientos de la boca o leves movimientos de las manos, tal como han demostrado numerosos estudios (por ejemplo, Trevarthen, 1977). Así, en el ejemplo 2, la niña dirige a la madre una mirada acompañada de sonidos y movimientos corporales.

Uno de los aspectos que queremos destacar en relación con la orientación de la conducta hacia el destinatario es que constituye un indicador de intencionalidad más potente en la medida en que se asocia a niveles crecientes de coherencia conductual. De manera que, si comparamos los ejemplos 2 y 5, vemos cómo la orientación de la conducta hacia el destinatario se muestra de una forma más clara cuando diversos comportamientos forman parte del mismo acto comunicativo. En el ejemplo 5 las conductas orientadas hacia el destinatario son más y muestran un nivel de coordinación más elevado. Así, en el fragmento final vemos, por ejemplo, cómo las vocalizaciones -por otra parte claras y prolongadas- se coordinan con la mirada, la extensión de los brazos hacia la madre y la orientación del cuerpo hacia ella.

Por otra parte, en el caso de los actos comunicativos que muestran coordina-

ción persona-objeto, como el ejemplo 6, la alternancia de la mirada es el indicador principal de orientación de la conducta hacia el destinatario.

Coincidimos con aquellos autores que señalan que la alternancia de la mirada es un indicador especialmente valioso de la intencionalidad comunicativa (Gómez, 1991). En unos experimentos con gorilas, Gómez diferencia aquellos actos que califica de *manipulación mecánica del investigador* (el gorila empuja el investigador hacia un objetivo) de aquellos otros que considera *actos de comunicación intencional* (el gorila toma la mano del investigador y alterna la mirada hacia sus ojos y hacia el objetivo). Con la mirada dirigida a los ojos del investigador el gorila estaría intentando «comprobar si el humano está atento a sus acciones» (Gómez, 1991, p. 200). Estamos de acuerdo con los razonamientos que llevan a diferenciar entre un tipo de actos y otros, y en atribuir una clara intencionalidad comunicativa a los últimos.

No obstante, creemos que la mirada hacia el destinatario no debe constituir un criterio necesario para la atribución de intencionalidad comunicativa. En las situaciones de actividad compartida entre un bebé y un adulto, ambos participantes tienen representaciones diferentes de la actividad en la cual están implicados, pero comparten, a un cierto nivel, una definición de la situación de interacción. Existe entre ellos un nivel de intersubjetividad que en algunos casos hace innecesaria la mirada al adulto. Veamos el siguiente ejemplo:

@Situation: la niña come sola un huevo frito con trocitos de pan; cuando aún no ha acabado de comer la madre le saca el plato de delante para ponerle más comida

*CHI: mam:::

%int: tono de inquietud

%gpx: mira el plato que se lleva la madre y extiende la mano hacia el plato

*CHI: mam, mam, mam:::

%gpx: continúa mirando el plato con la mano tendida

Ejemplo 7: Maria (1;1.19)

Entendemos que este ejemplo no ofrece dudas acerca de la intencionalidad comunicativa de la niña. El nivel de intersubjetividad entre los participantes es suficientemente alto como para hacer innecesaria la búsqueda de contacto ocular. Maria no necesita comprobar que el adulto está atento a sus acciones. Ello no implica que la orientación de la mirada hacia la madre no se realice en otros casos en los que probablemente tampoco sería imprescindible.

Entendiendo la intencionalidad comunicativa como un proceso gradual, no es un indicador aislado –como la alternancia de la mirada hacia una persona y hacia un objeto– lo que nos ha de permitir determinar si estamos ante un acto comunicativo intencional o no, sino un conjunto de indicadores observacionales de la intencionalidad en el contexto de la comunicación como proceso interpersonal.

La direccionalidad hacia la meta (presentada o representada)

De acuerdo con la visión de la comunicación que hemos defendido, entendemos que la meta de la comunicación es social, en la medida en que el acto comunicativo –o mejor dicho, el agente del acto comunicativo a través de sus comportamientos– está dirigido a influir en el comportamiento y/o en el estado mental del destinatario. En ese sentido, entendemos que, por ejemplo, cuando un niño intenta conseguir un objeto a través de la acción de un adulto, la meta comunicativa no es el objeto (como se enten-

dería desde un planteamiento instrumental de la comunicación), sino conseguir que el adulto actúe como agente de las acciones de alcanzar y dar al niño el objeto.

La persistencia de la conducta se entiende habitualmente como un indicador observacional de la conducta orientada a meta. Este criterio de persistencia ha sido introducido por diversos autores en sus definiciones del acto comunicativo intencional o del acto intencional en general, ya sea en términos de *persistencia de la conducta* (Sarría y Rivière, 1991), *dirección mantenida del comportamiento durante el despliegue de los medios* (Bruner, 1973) o *direccionalidad* (Searle, 1979).

Se hace difícil hablar de cambios evolutivos en la persistencia de la conducta. La conducta es persistente –se mantiene hasta alcanzar la meta– o no lo es, y la evolución, en todo caso, iría ligada a un aumento del tiempo durante el cual el niño es capaz de desplegarla. Los progresos en la direccionalidad hacia la meta se hacen más evidentes cuando la persistencia de la conducta va asociada a un progreso en relación con otro indicador de direccionalidad: el despliegue de medios para alcanzar la meta intencional (Piaget, 1936; Bruner, 1973). En la medida en que aumentan los medios empleados por el niño para alcanzar la meta comunicativa, la direccionalidad de su comportamiento deviene más evidente. Un contraste entre los ejemplos 2 y 5 nos sirve para ilustrar este punto. En el ejemplo 5 hemos visto cómo la niña es capaz de desplegar diversos recursos orientados a conseguir que la madre la saque de la trona. Esta ampliación del repertorio de medios (vocalizaciones, mirada, gimoteo, contacto con las manos de la madre...) muestra un nivel superior de direccionalidad hacia la meta que el ejemplo número 2.

Como hemos dicho anteriormente, la meta del acto comunicativo es influir sobre el comportamiento y/o el estado mental del destinatario de la conducta. Ello no implica, a nuestro juicio, que el niño tenga desde el principio una representación del otro como agente intencional o como alguien con estados mentales.

Proponemos que, inicialmente, la meta social (influir sobre el comportamiento del otro) es una meta presente (presentada) en el ambiente, aunque también representada a un cierto nivel en la mente del bebé. Probablemente el niño no ha elaborado una representación del otro como agente intencional en un sentido amplio, es decir, como «un ser animado que escoge sus propias metas, los medios conductuales para alcanzarlas y un foco de atención para regular sus progresos hacia las metas» (Tomassello y Call, 1997, p. 405). Pero entendemos que las experiencias de interacción con el adulto, sobre la base de la intersubjetividad primaria⁵, permiten al niño ir construyendo una representación –de primer nivel, probablemente procedural– del adulto como alguien que actúa con intenciones en acción, es decir, como alguien que actúa conforme a metas presentadas en el contexto inmediato de la interacción. No como alguien que dispone de intenciones previas, de metas definidas a priori y que selecciona los medios para alcanzar sus objetivos, pero sí como alguien que actúa en base a intenciones en acción, orientadas a objeto. Por tanto, asumimos que en el contexto de la interacción social, el niño emite sus primeros actos comunicativos disponiendo de una idea primitiva de agencia. Ejemplos como el 2, el 4 o el 5, no tendrían sentido al margen de una cierta representación del adulto como «alguien que me puede sacar del parque», «alguien que me da de comer» o «alguien que me saca de la trona».

5. Recordemos que Trevarthen (1980) denomina «intersubjetividad primaria» a los niveles rudimentarios de sincronía, mutuality, coordinación y reciprocidad que caracterizan las interacciones bebé-adulto en los primeros meses de vida. La intersubjetividad secundaria incorpora la integración de un tercero (el objeto) en la interacción y se manifiesta, por parte del niño, como la capacidad para integrar en una misma secuencia conductual una conducta dirigida al objeto y una conducta dirigida al adulto. La intersubjetividad secundaria emergería alrededor de los ocho meses de edad.

Se produciría un cambio desde la direccionalidad hacia una meta presentada (intencionalidad comunicativa en acción y representación procedural de la meta social —el otro como agente con intenciones en acción—) a la direccionalidad hacia una meta representada (intencionalidad comunicativa previa y representación explícita de la meta social —el otro como agente con intenciones previas—).

Coincidimos con Tomasello (1999a; 1999b) cuando señala un cambio cualitativo importante alrededor del octavo mes en la representación de uno mismo y de los otros como seres intencionales. En el protoimperativo del ejemplo 6, entendemos que el niño se representa al adulto como alguien a quien se puede transmitir una intención (coger el objeto), que puede hacer suya esa intención y actuar en consecuencia (aplicar los medios para alcanzarla). Para el niño, el adulto ya no es solamente *un agente que me da un objeto*, sino *alguien a quien puedo indicar que quiero un objeto* y que puede actuar para conseguirlo. Estos casos incluyen generalmente indicadores muy claros de orientación hacia el destinatario y creemos que representan un inicio de atribución de estados mentales (un estado atencional y una intención previa) a los otros.

El referente

Todo signo remite a alguna entidad del mundo. Los actos comunicativos cuyo referente es una entidad física son los que presentan menos problemas de indeterminación, aunque tampoco están exentos de ellos. No obstante, vamos a dejar para otro momento esos problemas, vinculados en parte al hecho de que los objetos son objetos culturales. Por ahora nos centraremos en aquellos otros casos en que el referente presenta todavía un mayor grado de indeterminación.

En ocasiones el signo surge espontáneamente como expresión de estados internos y no se vincula directamente con un objeto de referencia externo. En esos casos sería posible vincular el signo a algún correlato ambiental, como por ejemplo la falta de alimento en el caso del llanto como expresión del displacer que provoca el hambre. Pero también es posible vincular el signo directamente con el estado interno que lo provoca.

En conductas únicamente orientadas a una respuesta social —como una sonrisa, por ejemplo—, ésta podría entenderse como el correlato ambiental al cual tiende el signo. Lo mismo podría decirse de los actos comunicativos que constituyen una respuesta por parte del niño. Es el caso del ejemplo siguiente.

@Situation: la comida ha acabado hace un momento; dos de los hermanos de la niña están en la habitación; uno de ellos provoca constantemente a la niña con sonrisas y movimientos enfáticos

*CHI: 0.

%gpx: mira fijamente al hermano y sonríe de forma prolongada

Ejemplo 8: *Maria (0;4.13)*

Entendemos que en este caso el referente del signo emitido por la niña (sonrisa) es la sonrisa del hermano, en la medida en que remite a ella.

En algunos actos comunicativos podríamos hablar incluso de doble referencialidad. Sería el caso del ejemplo 2. La referencia del acto comunicativo sería el estado interno de hambre (o la falta de alimento que la genera), pero también lo sería la respuesta social buscada (que la madre la saque del parque). En ejemplos como éste, el significado referencial (aquello a lo cual remite el signo) se puede llegar a fundir con el significado funcional del acto (el efecto que provoca en el destinatario), si entendi-

mos que la referencia del acto es la respuesta esperada del adulto. La conducta de la niña no expresa únicamente displacer, sino que también evidencia una expectativa de ser cogida en brazos por la madre. Esta imbricación del significado referencial y del significado funcional del acto no sería exclusiva de los actos comunicativos de los bebés de menor edad, sino que también estaría presente en actos comunicativos que suponen niveles más altos de coherencia conductual, de orientación hacia el destinatario y de direccionalidad hacia la meta, como en el siguiente ejemplo.

@Situation: la madre y la niña están en la cocina; la niña come sola trocitos de pan, con el tenedor; la madre está haciendo un huevo frito; en una ocasión la niña intenta coger un trozo de pan y no puede

*CHI: mamá!

%gpx: mira a la madre y tiende el brazo hacia ella

*MOT: mamá no pots? (¿mamá no puedes?)

%act: se acerca a la niña

*MOT: vols ajuda? (¿quieres ayuda?)

%com: la niña mira hacia el plato

*MOT: espera

%act: le guía la mano para pinchar un trocito de pan

Ejemplo 9: Maria (1;1.19)

En este acto comunicativo el significado referencial no es la comida, sino la respuesta del otro (la ayuda del adulto). El signo remite a esta respuesta, que es a la vez el significado funcional del acto (el efecto sobre el destinatario). Este ejemplo, así como el anterior, evidencian el estrecho lazo entre el significado y el uso de los signos en los inicios de la comunicación. El uso del signo (la intención) aparece estrechamente vinculado a su significado funcional. Riba (2002) en un lúcido análisis de la explicación intencional como explicación teleológica, instrumental/funcional y pragmática también alude a los estrechos lazos entre intención y significado.

Si comparamos los ejemplos 2 y 9 vemos que en este último la orientación de la conducta hacia el destinatario y la direccionalidad hacia la meta social son más claras. Consecuentemente, la referencialidad del acto es más transparente. Ello muestra una vez más las relaciones existentes entre los diferentes indicadores observacionales de la intencionalidad comunicativa y del significado.

El efecto sobre el destinatario

Este indicador, así como el anterior (*significado referencial del acto*), ha sido incorporado al análisis de la comunicación desarrollado por Riba (1990) y considerado por otros autores un elemento importante en la identificación de los actos comunicativos (por ejemplo, del Río, 1985, 1987; Lock, 1980).

Es bien sabido que, en la interacción, el adulto, prácticamente desde el nacimiento, atribuye intencionalidad comunicativa a las conductas del bebé (véase por ejemplo, Kaye, 1982). El ejemplo siguiente muestra cómo una conducta, en este caso una protusión lingual, puede ser interpretada como intencional en el contexto de la alimentación.

@Situation: la madre hace una pausa en la toma del biberón, cuando la niña ya ha comido bastante y no queda mucha leche

- *CHI: 0.
 %com: abre la boca y saca la lengua repetidas veces
 %gpx: la mirada es imprecisa
 *MOT: ay, pues seguimos!
 %int: entonación ascendente
 %act: <aft> le pone el biberón en la boca

Ejemplo 10: Sara (0;0.14)

El adulto interpreta la conducta de la niña como un deseo de seguir comiendo. Podríamos poner otros muchos ejemplos en los que se evidencia cómo, desde muy pronto, las madres están atentas a los comportamientos del bebé y los interpretan. Inicialmente, las madres se muestran especialmente sensibles a los indicadores relativos a los estados internos del bebé en relación con la alimentación (fatiga, dificultades para extraer la leche del biberón, satisfacción, etc.) o sobre su estado de alerta (indicadores de sueño). A edades más avanzadas aumentan las interpretaciones maternas en relación con el mundo externo. Es el caso del ejemplo siguiente.

@Situation: la madre da la papilla a la niña

- *CHI: a:
 %gpx: mira la cámara y tiende la mano hacia ella con el brazo extendido
 *CHI: a:.
 %gpx: continúa mirando la cámara con el brazo y la mano extendidos hacia ella
 *CHI: a:.
 %gpx: continúa mirando la cámara con el brazo y la mano extendidos hacia ella
 *MOT: qué es eso?
 *CHI: 0.
 %gpx: mira hacia el plato de la comida e intenta cogerlo

Ejemplo 11: Sara (0;9.14)

La madre interpreta el acto de la niña como un requerimiento de atención sobre un objeto y le hace una pregunta sobre el nombre del mismo. De esta manera aproxima a Sara al lenguaje y a las significaciones culturales. Pero es importante comentar que la interpretación del adulto no es gratuita, sino que se realiza sobre la base de la coherencia conductual y de la direccionalidad hacia la meta. Sara coordina las vocalizaciones y la mirada y persevera en su conducta hasta alcanzar su meta social —la atención del adulto hacia el objeto y su respuesta—. Una vez alcanzada, su acción se orienta hacia otro objeto.

Otros muchos comportamientos del bebé no reciben ninguna atribución de intencionalidad comunicativa por parte del adulto. No hemos realizado un estudio sistemático de a qué actos infantiles atribuye intencionalidad el adulto y a cuáles no. Pero los detallados estudios de Vedeler (1994), por ejemplo, muestran que los adultos no seleccionan de forma indiscriminada cualquier comportamiento del niño para atribuirle intencionalidad, sino que responden preferentemente a comportamientos que muestran indicadores de intencionalidad (*coherencia conductual e intensidad de la atención* son los propuestos por Vedeler).

El sentido de estos breves comentarios en relación con el efecto sobre el destinatario es señalar que la intencionalidad comunicativa —entendida como íntimamente ligada al significado— no es únicamente el resultado de una sobreatribución por parte

de los adultos, ni tampoco la consecuencia de cambios cognitivos generales relacionados con la coordinación medios-fines, sino que emerge –se construye y toma sentido– en el marco de la interacción social y es un proceso gradual e interpersonal. El adulto interpreta determinadas conductas del bebé y las dota de sentido cultural. Por su parte, el bebé, a través de sus actos, se comunica con el adulto, le transmite –a diversos niveles– intenciones y significados.

Conclusiones

El tratamiento más habitual de la intencionalidad en términos de todo o nada resulta claramente insuficiente y poco consecuente con una concepción de la comunicación y del lenguaje como procesos interpersonales y culturales. Plantear la intencionalidad comunicativa y del significado como procesos graduales responde a un intento de integrar en el análisis de los inicios de la comunicación algunos elementos importantes. Por una parte, el papel de los sistemas de percepción y acción en la comunicación de los bebés (Butterworth, 1998). Por otra, la naturaleza social de los procesos comunicativos. La intencionalidad comunicativa y el significado no están únicamente en las representaciones mentales de los sujetos, sino que emergen y se construyen en la interacción.

A nuestro entender, los indicadores propuestos –de manera interrelacionada– se manifiestan útiles para abordar los niveles iniciales de intencionalidad comunicativa y de significado. Somos conscientes de que los resultados y reflexiones que presentamos en este trabajo no son sino una aproximación a este abordaje, un marco para un estudio en mayor profundidad de la intencionalidad comunicativa y del significado como procesos graduales e interpersonales.

Un análisis más en profundidad del proceso de construcción interpersonal de la intencionalidad comunicativa y del significado requeriría a nuestro juicio otro tipo de datos diferente al que nos proporciona nuestro estudio. Exigiría probablemente un seguimiento más intensivo de los sujetos, con observaciones separadas por periodos de tiempo cortos, diarios en un planteamiento ideal. Sería también necesario entrar en un nivel de análisis más micro de la configuración de los intercambios comunicativos y de los comportamientos y actuaciones de los participantes en los mismos.

REFERENCIAS

- Abecassis, J. (1974-1975). À propos de communications non verbales. Conditions d'une sémiotique de la gestualité enfantine. *Bulletin de Psychologie*, 321, 4-7.
- Allwood, J. (1981). On the distinction between semantics and pragmatics. En W. Klein y W. Levelt (Eds.), *Crossing the boundaries in linguistics*. Boston: D. Reidel Publishing.
- Bates, E., Camaioni, L. & Volterra, V. (1975). The acquisition of performatives prior to speech. *Merrill-Palmer Quarterly*, 21, 205-226.
- Birdwhistle, R. (1970). *Kinesics and context*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Bruner, J. (1973). Organisation of early skilled action. *Child Development*, 44, 1-11.
- Butterworth, G. (1998). Origins of joint visual attention in infancy. En M. Carpenter, K. Nagell & M. Tomasello. Social cognition, joint attention and communicative competence from 9 to 15 months of age. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 63, 144-166.
- Buysens, E. (1978). *La comunicación y la articulación lingüística*. Buenos Aires: Universitaria.
- Camaioni, L., Volterra, V. & Bates, E. (1976). *La comunicazione nel primo anno di vita*. Torino: Boringhieri.
- Carpenter, M., Nagell, K. & Tomasello, M. (1998). Social cognition, joint attention and communicative competence from 9 to 15 months of age. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 63.

- Ekman, P. & Friesen, W. V. (1981). The repertoire of nonverbal behavior: categories, origins, usage and coding. En A. Kendon (Ed.), *Non-verbal communication, interaction and gesture* (pp. 57-105). The Hague: Mouton Publishers.
- Fillmore, C. J. (1971). Verbs of judging: An exercise in semantic description. En C. J. Fillmore & D. T. Lagendoen (Eds.), *Studies in linguistic semantics* (pp. 272-289). New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Fogel, A. (1993). Two principles of communication. Co-regulation and framing. En J. Nadel & L. Camaioni (Eds.), *New Perspectives in early communicative development* (pp. 9-22). London: Routledge.
- Frye, D. (1991). The origins of intention in infancy. En D. Frye & C. Moore (Eds.), *Children's theories of mind* (pp. 15-38). Hillsdale, New York: Erlbaum.
- Gómez, J. C. (1991). Visual behaviour as a window for reading the mind of others in primates. En A. Whiten (Ed.), *Natural theories of mind: Evolution, development and simulation of everyday mindreading* (pp. 195-207). Oxford: Basil Blackwell.
- Grice, H. P. (1957). Meaning. *Philosophical Review*, 66, 377-388.
- Harding, C. G. (1982). Development of intention to communicate. *Human Development*, 25, 140-151.
- Harding, C. G. & Golinkof, R. M. (1979). The origins of intentional vocalizations in prelinguistic infants. *Child Development*, 50, 33-40.
- Kaye, K. (1982). *The mental and social life of babies: How parents create persons*. London: Harvester Press (Trad. cast.: *La vida mental y social del bebé. Cómo los padres crean personas*. Barcelona: Paidós, 1986).
- Lock, A. (1980). *The guided reinvention of language*. London: Academic Press.
- Lyons, J. (1972). Human language. En R. A. Hinde (Eds.), *Non-verbal Communication* (pp. 49-85). Cambridge: Cambridge University Press.
- Mackay, D. M. (1972). Formal analysis of communicative processes. En R. Hinde (Ed.), *Non-Verbal Communication* (pp. 3-26). Cambridge: Cambridge University Press.
- MacWhinney, B. (2000). *The CHILDES Project: Tools for analyzing talk. Volume 1: Transcription format and programs* (3rd edition). Mahwah, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Merleau-Ponty, M. (1962). Phenomenology of perception. London: Routledge & Kegan Paul (Trabajo original publicado en 1945. Trad. cast: Fenomenología de la percepción. Madrid: Península, 1975).
- Nadel, J. & Camaioni, L. (1993). Introduction. A. J. Nadel & L. Camaioni (Eds.), *New Perspectives in early communicative development* (pp. 1-5). London: Routledge.
- Peirce, Ch. (1987). *Obra lógico-semiótica*. Madrid: Taurus.
- Piaget, J. (1936). *La naissance de l'intelligence chez l'enfant*. Neuchâtel y Paris: Delachaux et Niestlé (Trad. cast.: *Los orígenes de la inteligencia en el niño*. Madrid: Aguilar, 1969).
- Reddy, V. (1999). Prelinguistic communication. En M. Barrett (Ed.), *The development of language: studies in developmental psychology* (pp. 25-50). Philadelphia: Psychology Press.
- Riba, C. (1990). La comunicación animal. *Un enfoque zoosemiótico*. Barcelona: Anthropos.
- Riba, C. (2002). La explicación intencional: acciones, metas, representaciones. *Estudios de Psicología*, 23, 295-322.
- Del Rio, M. J. (1985). *La adquisición del lenguaje: un análisis funcional*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Barcelona.
- Del Rio, M. J. (1987). La adquisición del lenguaje: un análisis interaccional. *Infancia y Aprendizaje*, 30, 11-30.
- Rivero, M. (2001). *Una aproximació pragmàtica als inicis de la comunicació i del llenguatge: l'expressió d'intencions comunicatives en l'activitat conjunta mare-fill*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Barcelona.
- Rodríguez, C. y Moro, Ch. (1999). *El mágico número tres*. Barcelona: Paidós.
- Sarriá, E. y Riviere, A. (1991). Desarrollo cognitivo y comunicación intencional preverbal: un estudio longitudinal multivariado. *Estudios de Psicología*, 46, 35-52.
- Schefflen, A. E. (1973). *Communicational structure: Analysis of a psychotherapy transaction*. Bloomington and London: Indiana University Press.
- Searle, J. R. (1979). *Intention and action*. Paper presented at the meeting of the LaJolla Conference on Cognitive Psychology. LaJolla, California, August.
- Searle, J. R. (1981). La intencionalidad de la intención y la acción. En D. A. Norman (Comp.), *Perspectivas de la ciencia cognitiva* (pp. 249-274). Barcelona: Paidós.
- Strawson, P. F. (1970). *Meaning and truth*. Oxford: Clarendon.
- Sugarman, S. A. (1973). *A description of communicative development in the prelanguage children*. Honors Thesis. Hampshire College.
- Teberosky, A. (2001). Proyecto docente y de investigación. Universitat de Barcelona.
- Tomasello, M. (1999a). *The cultural origins of human cognition*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Tomasello, M. (1999b). Having intentions, understanding intentions and understanding communicative intentions. En Ph. D. Zelazo, J. W. Astington & D. R. Olson (Eds.), *Developing theories of intention* (pp. 63-75). Mahwah, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Publishers.
- Tomasello, M. & Call, J. (1997). *Primate cognition*. Oxford: University Press.
- Trevarthen, C. B. (1977). Descriptive analysis of infant communicative behavior. En H. R. Schaffer (Ed.), *Studies in mother-infant interaction: The Loch Lomond Symposium* (pp. 227-270). London: Academic Press.
- Trevarthen, C. B. (1979). Instincts for human understanding and for cultural cooperation: Their development in infancy. En M. von Cranach, K. Foppa, W. Lepenies & D. Ploog (Eds.), *Human ethology: Claims and limits of a new discipline* (pp. 530-594). Cambridge: Cambridge University Press.

- Trevarthen, C. B. & Hubley, P. (1978). Secondary intersubjectivity: Confidence, confiding and acts of meaning in the first year. En A. Lock (Ed.), *Action, gesture and symbol. The emergence of language* (pp. 183-229). London: Academic Press.
- Vedeler, D. (1991). Infant intentionality as object directedness: An alternative to representationalism. *Journal for the Theory of Social Behavior*, 21, 431-448.
- Vedeler, D. (1994). Infant intentionality as object directedness: A method for observation. *Scandinavian Journal of Psychology*, 35, 343-366.
- Wittgenstein, L. (1953). *Philosophical investigations*. Oxford: Blackwell.